

ANTES DE EMPEZAR...



Gracias por llegar hasta aquí. Desde el momento en el que este libro ha llegado a tus manos, estamos de alguna manera unidos. Por la literatura, por el amor a los animales o... por ningún motivo en concreto, también me vale ese vacío racional al que llamamos magia.

Muchas gracias por interesarte por esta novela. Te lo agradezco en mi nombre y en el de todos los gatitos que forman parte inexorable de este proyecto, que va más allá de una simple historia. Creo que lo que vas a leer es de lo mejor que he escrito nunca, sinceramente. En mi opinión, supera a mi hijo pródigo, [«El sanador del tiempo»](#), con el que he alcanzado el Top 10 en ciencia ficción en varias ocasiones. Pero el verdadero éxito, sin embargo, será su utilidad para echar una mano a estos enanos peludos que me han enseñado a darle otra definición a la palabra vida.

Tanto por el contenido y su mensaje, como por el entorno y el conjunto de actividades que iré organizando alrededor de esta historia, este libro es por y para ellos. Y si sirve de excusa para conseguir ayudarles de alguna manera, entonces sí podré estar orgulloso de haber escrito estas líneas.

Así que, para no retrasar más tu lectura, me despido con un grito en forma de maullido: ¡gracias y espero que te guste!

Ah, y ya sabes que puedes encontrarme en www.jonicaro.com o en la dirección de correo electrónico jonicaroescritor@gmail.com.

Un abrazo,

Jon Ícaro

ACTO 1

1

—No voy a casarme con Leandro.

Las palabras salían de la boca de Nerea muy débiles, como un susurro, pues era consciente de que el leve runrún de su confesión podía desatar la peor de las tempestades. Al otro lado de la mesa, frente a ella, su padre masticaba en silencio, sabedor de que el día no iba a ser jovial, por mucho que el pan artos que comía se acostumbrara a reservar para los días festivos.

En el exterior, el canto de un ruiseñor intentaba suavizar la tensión generada en el hogar. A Nerea, el estómago se le cerraba cada vez más. Ni siquiera el apetitoso aroma del cerdo especiado que su madre endulzaba con miel obteniendo un equilibrio perfecto de sabores conseguía que quisiera echarse algo a la boca. Sus dedos temblorosos acariciaban la áspera madera de la mesa, a la espera de la reprimenda de su padre que se maceraba en el bruto corazón de este preparando su inminente erupción.

—¿Qué has dicho?! —vociferó finalmente el progenitor dispersando desde su boca una lluvia de migajas de pan llenas de indignación.

Mientras los ecos del grito retumbaban en la cabeza de Nerea, el hombre se comió en silencio el último pedazo de queso que quedaba en su plato. Le parecía una ofensa a los dioses dejarse comida en la mesa y sabía que tras la conversación que se avecinaba ya no tendría más ganas de comer. Nerea alzó levemente la cabeza, acoquinada, sintiendo cómo la mirada de su padre se clavaba en su entrecejo como si de una punta de lanza se tratase. Giró la cabeza para evitar aquel ataque, dirigiendo su mirada al Partenón a través de la ventana. En la colina sagrada, las dieciséis columnas laterales del templo de estilo dórico se erigían regias, imponentes como sabía que era el carácter de su padre.

—Repite eso que acabas de decir —solicitó Megacles en tono neutro, manteniendo la calma tanto como podía, aunque el respeto que tenía su hija por él hacía que las palabras sonasen como si fueran una advertencia.

—Que no voy a casarme con Leandro —repitió la muchacha, bajando de nuevo la mirada hacia su plato, cuyo contenido seguía intacto.

—¿¿Y esa decisión a qué se debe?? —preguntó Megacles, más alterado, golpeando la mesa con sus puños y haciendo temblar la madera y a su hija. A pesar de que las canas comenzaban a ganar la batalla en su barba y en el escaso pelo que se resistía a permanecer en su cabeza, el sexagenario se encomendaba a sus

grandes brazos como símbolo de su poder—. ¡Estoy esperando una explicación! Y eso es mucho más de lo que mereces ante tal desafío. Que mi amor de padre te esté dando una posibilidad de explicarte no te lleve a engaño, no pienso dejar que rompas tu compromiso con Leandro.

Nerea se quedó muda, su creciente temblor se transmitía a la silla que soportaba el peso de su sufrimiento.

—¡Ahora no hablas! —continuó el padre de la chica ante el mutismo de ella—. Pues así has de seguir hasta el momento en que contraigas matrimonio con Leandro. No quiero volver a escuchar sandeces de tal tamaño de nuevo.

La dureza de las palabras de Megacles desencadenó un río de lágrimas que bañó las mejillas de la muchacha. Ver el dolor de la niña materializado en forma acuosa hizo que su padre mostrara la ternura que siempre llevaba dentro, pero que sabía que en ocasiones debía omitir por el bien de su familia.

—Eh, Nerea. —El hombre estiró su brazo y levantó la cabeza de la joven tirando hacia arriba de su barbilla. Su autoridad se quebró repentinamente al observar la ternura de las delicadas facciones de su niña, que no podían evitar mostrar su fragilidad—. Soy tu padre. Te escucho. ¿Qué te preocupa?

—Leandro no quiere conseguirme un gato. —
Ante tal explicación de la muchacha, que su padre consideró totalmente estúpida, Megacles respondió con otro golpe en la mesa y con un bufido digno de los antiguos toros minoicos. Envalentonada y sabiendo que ya no había forma de echarse atrás, Nerea cerró los ojos y se decidió a continuar hablando. Lo hizo de manera acelerada, dejando que sus palabras escaparan y no fueran agarradas por el miedo que sentía—. ¡Me lo dijo en la última misiva! ¡No quiere conseguirme un gato!

—¿Y por eso ya no quieres casarte con él? —
preguntó el padre airadamente, levantándose propulsado por la indignación—. ¿Por esa tontería?

—¡No es una tontería! —replicó Nerea alzándose también, apretando los puños encerrando su temor en ellos.

—¡Eso es un capricho! ¡Muy estúpido, además! —
atacó el padre a viva voz—. ¿Por un gato? ¡Yo te consigo uno!

—¡Un gato de Egipto! —aclaró la chica, imprimiendo volumen a su voz en aquella escalada sonora—. ¡Allí son sagrados! ¡Si Leandro no hace eso por mí significa que no le importo, que no se va a preocupar nunca por mí! ¡Solo quiero que el hombre con el que voy a pasar el resto de mi vida demuestre su amor!

—¡Pero si tú solo tienes que obedecer! ¡No ordenar!

En ese momento, la madre de Nerea, hasta ese momento espectadora silenciosa que solo hacía girar su cabeza de uno a otro, decidió intervenir dispuesta a acabar con aquella batalla verbal.

—¡¡Ya está bien!! —gritó antes de que su esposo y su hija comenzaran a lanzarse todo lo que había sobre la mesa que los separaba—. ¡Somos una familia!

Los tres se calmaron de inmediato, obligados por el sentimiento fraternal, y volvieron a tomar asiento. Megacles resopló. Varias veces.

—¿Y por qué ahora? —preguntó el padre, algo más calmado tras la intervención de su esposa—. Creía que ya tenías asumido el matrimonio.

—Se debe a la inminencia del acontecimiento —explicó la madre, una vez metida en la conversación, con la intención de ayudar a su niña—. Ella creía que tendría tiempo para asumir el enlace, pero ya no lo tiene. Está aterrada, querido.

—Y yo soy el padre, malévolo y pernicioso que empuja a su propia hija a los terrores que le causan tanto sufrimiento, claro... —se resignó el padre. Suspiró profundamente dejando que toda la bravura saliera de su cuerpo—. En fin. Seguiré retrasando tu compromiso, de momento al menos. Te daré un poco

más de tiempo, hija, porque te quiero. Y arriesgo mucho actuando así. —Nerea era una de las pocas jóvenes atenienses que superaba los veinte años sin haber tenido que sufrir el trance del casamiento. La economía familiar le había permitido prescindir de la necesidad de tener un esposo, pero lo cierto es que esta no se encontraba tan boyante en los últimos tiempos—. Leandro está deseando que te entregue para disfrutar de ti, no obstante le diré que eso perjudicaría tus estudios y mi promesa de entregarle una joven refinada. Pero asúmelo rápidamente, Nerea, porque te casarás con él. Por ti, y por toda tu familia. Atenas ya no es lo que era. Ahora somos... esclavos de ese macedonio. —Megacles hacía alusión al sometimiento de los pueblos griegos a Alejandro Magno, después de que su padre Filipo se convirtiera en el líder de Grecia tras la batalla de Queronea y de que su hijo se asegurara tal liderazgo arrasando Tebas y mostrando las consecuencias de cualquier tipo de insurrección contra su autoridad—. Leandro es de buena familia. De las mejores de Atenas. Que se haya encaprichado de ti es... una suerte para nuestra economía cada vez más mermada.

—Lo sé, padre. Lo sé... —afirmó Nerea en aquel intercambio de verdades—. Y lo entiendo...

—Descansa, hija. Pido disculpas por haberte incendiado con mis palabras. Ve a tu habitación y tranquilízate, ya hablaremos de este asunto más tarde.

Nerea afirmó, se levantó de la mesa y comenzó a caminar. Salió al patio y, perdida en sus pensamientos como estaba, no se dio cuenta de que alguien le había agarrado de la muñeca hasta que, de un tirón en el brazo, se vio obligada a detenerse en mitad del florido espacio abierto.

—Yo te traeré ese gato de Egipto —dijo alguien tras de sí. La muchacha se giró para encontrarse con un hombre de ondulada melena castaña y rostro alargado. Era Néstor, el jardinero del hogar. Y el dueño de su corazón—. Os he oído gritar ahí dentro. Te traeré el gato que deseas, te lo prometo, cueste lo que cueste.

La determinación del hombre contrastaba con el temblor en la mano de Nerea. En su mirada sincera podía verse que estaba dispuesto a cumplir todos los deseos de la joven a la que amaba. En su corazón albergaba la seguridad de que nada podría pararle en ese empeño.

Sin embargo, lo que no sabía en ese momento, era que ese gato que Nerea deseaba para su vida, iba en realidad a cambiar la suya propia.

—Adoradores de monedas y esclavos del poder...

Néstor murmuraba a lo largo de la Vía Panatenaica. Utilizaba las palabras como escudo invisible frente a las miradas inquisitorias que recibía de las personas de imperiosa importancia que poblaban el ágora de Atenas. Él, un simple jardinero, era un extraño en tan excelsa región de la ciudad. Se le revolvía el estómago al pensar en la superioridad de la que hacían gala aquellas personas que rapiñaban migajas de vida con tal de conseguir unas monedas de más o un cargo político de mayor calado.

«Esos seres ambiciosos jamás entenderán el verdadero valor del aroma de una flor o del color de un jardín», pensaba Néstor, que era capaz de encontrar una dicha plena simplemente en el crecimiento de una hierba. «Ni la menta ni el tomillo que utilizan en sus brazos y piernas es capaz de ocultar el aroma de su codicia», pensó cuando el olor de esos perfumes aromáticos llegó a su nariz.

El ruido generado por las conversaciones, unas sobre otras, llegaba inteligible a sus oídos. Aunque lo hubiera captado con nitidez, apostaba que no sería capaz de entender los asuntos tan altivos sobre los que hablaban. Decidió concentrarse en la grava que

acariciaba los dedos de sus pies a su paso hasta que al fin localizó su objetivo: Leandro, el prometido de Nerea. Aceleró el paso hasta estar junto a él e intentó llamar su atención.

—Leandro, quisiera hablar contigo —le dijo al aristócrata, que conversaba animadamente con dos hombres ataviados con distinguidas clámides coloridas, propias de reyes, como aditamento de la majestuosidad que pretendían mostrar.

Leandro miró a Néstor con el rabillo del ojo, hizo un gesto con la mano para que esperara, y un par de minutos después se despidió de sus interlocutores, prestando por fin atención al jardinero. El aristócrata dedicó a Néstor una sonrisa que, según las féminas de Atenas, conjugaba a la perfección con sus rizos dorados, sus varoniles pómulos marcados y sus ojos de color verde oliva.

—Te perdono la interrupción solo porque sirves a la familia de mi prometida —dijo Leandro. Hizo una mueca contrariada al observar a Néstor detenidamente. Le pareció muy poco apropiado que un individuo visitara el ágora con una simple túnica blanca, sin manto que la cubriera—. Una conversación mal acabada con esas personas puede suponer una pérdida de hasta mil dracmas.

—Lamento la molestia —afirmó Néstor más por cortesía que por sinceridad—, pero quisiera pedirte un favor.

El jardinero lamentaba tener que pedirle ayuda precisamente a él, pero era el único potentado que conocía y al que tenía acceso. El aristócrata suspiró, esa misma frase se la repetían varias veces al día. Comenzó a caminar separándose del Altar de los Doce Dioses, buscando un lugar menos concurrido para alejarse de miradas poco propicias. El valor de un griego se medía por las personas con las que se codeaba, y el desaliñado cabello ondulado de Néstor junto a su barba algo descuidada no eran signos de altitud a los que alguien con altas aspiraciones debiera acercarse.

—Dime, Néstor —dijo finalmente Leandro retomando la conversación—. Te ayudaré en lo que sea, si es que está a mi alcance. Aunque, seamos sinceros, cada vez hay menos cosas fuera de mi alcance en Atenas.

El jardinero tensó la mandíbula de su alargado rostro solo de pensar que una de esas «cosas» a las que hacía referencia Leandro podía ser Nerea. Pero no contestó. No le convenía.

—Creo que estás construyendo un trirreme para la invasión de Asia.

—Así es, para la gloria y seguridad de Grecia —apuntó Leandro, mirando hacia todos los lados—. Efectivamente, quiero ser parte de esta lucha por la libertad, de esta épica misión que pretende acabar por fin con la tiranía y la amenaza persa. Nunca se sabe cuándo esos desleales espartanos podrían buscar una alianza con Persia de nuevo descargando sus oscuras ambiciones sobre Atenas...

Néstor sabía que Leandro pensaba más en el oro que su barco podría cargar de vuelta que en las libertades y derechos griegos. Era inmune a esas palabras tan propias de políticos. En ese aspecto, las plantas le parecían más sinceras: el único aroma que desprendían era el que les nacía de dentro, no podían mostrar una cara falsa.

—Quiero ser parte de la tripulación —solicitó Néstor, cabizbajo, consciente de que se ponía al servicio del hombre que estaba destinado a desposar a su amada, lo cual hacía más humillante la petición—. Quiero viajar y luchar... por la gloria y seguridad de Grecia.

—¿Y con qué vas a matar a los persas? ¿Con tus flores? —Aunque el tono de la pregunta era neutro, los gestos faciales de Leandro impedían no ver la burla implícita en aquella cuestión—. No eres un guerrero, Néstor. Quiero que mi barco cargue a los mejores luchadores de Atenas. Se me recordará como uno de los más importantes trierarcas de esta gran guerra.

—Tampoco tú eres un gran guerrero —acusó Néstor, dolido, pero intentando conseguir algo de poder en la negociación—. Pero mira que de un trierarca solo se espera que financie la construcción del barco, y a ti las monedas te sobran. Tienes tus medios para triunfar en un ámbito ajeno a tu entorno, lo entiendo, pero yo también tengo los míos.

—¿Y cuáles son esos medios para triunfar en tan ambiciosa misión? ¿Tanto te paga Megacles? ¿En tan alta estima te tiene?

—No es dinero lo que poseo de sobra, Leandro. No todo se consigue con monedas. Hay otras motivaciones que llevan a los hombres a conseguir sus objetivos, independientemente de su riqueza.

—Sí, imagino. Y tu motivación en este caso es...

Leandro hizo un gesto con la mano para invitarle a completar la frase, pero Néstor se mordió la lengua. Sabía que no podía hablar de Nerea, su infalible acicate para conseguir cualquier cosa. Sin embargo, y para su sorpresa e incluso temor, fue el aristócrata el que sacó el tema.

—¿Es por Nerea? —Un nudo se hizo en la garganta del jardinero al escuchar aquel nombre. Leandro continuó explicándose—. Me habla muy bien de ti en las palabras que sus escribas plasman sobre los pergaminos. Ella sí te tiene a ti en alta estima, Néstor.

En una preocupante alta estima. No soy estúpido. No habría conseguido todas mis posesiones de serlo. Puedo oler el afecto que sientes por ella desde aquí. Y no me gusta.

Leandro se tapó la nariz para escenificar sus palabras. También era una forma de humillarle públicamente y, de paso, mostrar a los ojos ajenos que no se vinculaba con él, atacándole gestualmente de aquella manera. Las inesperadas palabras que había escupido se apoderaron de la garganta de Néstor, que era incapaz de hablar, de buscar una excusa a su favor.

—Y por eso vienes a mí—continuó Leandro ante la incapacidad de Néstor, disfrutando de aquella conversación. Descubrió que el jardinero tenía razón, no todo se conseguía con monedas, y el buen rato que estaba pasando solo utilizando palabras era una muestra de ello—. Quieres que te deje subir a mi barco para alejarte de ella, ¿cierto? No soportas tenerla tan cerca sabiendo que jamás será tuya.

El corazón de Néstor estalló, bombeó cristales de hielo que se extendieron por todo el cuerpo del jardinero, congelando su alma. Esas palabras dolían, no solo por el desprecio con el que eran impulsadas, sino por la verdad que encerraban. Inspiró y espiró profundamente. Se dio unos segundos para calmarse y no manifestar su furia. Cuando se convenció de que golpear a Leandro sería algo muy estúpido y poco útil

y de que todavía podía utilizar aquella conversación a su favor, habló:

—Tienes razón. Amo a Nerea —confesó Néstor con unos gestos de dolor que no le costó emular—. No soporto estar junto a ella, sabiendo que jamás será mía. Quisiera cruzar el Egeo para alejarme, para dejar de sufrir. Eres muy listo, Leandro. Exactamente eso es lo que deseo.

—¡Haber empezado por ahí, Néstor! —dijo el aristócrata con una sonrisa triunfal—. Entonces, nuestros deseos sí coinciden. Mira que yo también quiero alejarte de ella. Te haré un hueco entre la tripulación de mi trirreme, Néstor. Te concedo tu deseo de marcharte. Lo más lejos posible de mi prometida, a poder ser.

—Gracias, Leandro —dijo el jardinero sintiendo una bilis negra ascender hasta su garganta.

—Eso sí, irás como remero. Recibirás un dracma diario, como el resto de tripulantes. Sin trato especial —advirtió el futuro trierarca.

—Gracias, Leandro —repitió Néstor. Suspiró.

—Y una última cosa antes de que te vayas de aquí, cosa que por otra parte estoy deseando. ¿Sigue Nerea igual de hermosa?

—No entiendo tu pregunta. Pues claro que continúa igual de preciosa, tal como siempre lo ha sido. Se puede intuir la felicidad en su pequeña naricilla, y se diría que la misma Afrodita habita en sus ojos estirados, y que...

—¿Y sus pechos? ¿Están más hinchados que la primera y única vez que nos cruzamos por las calles de Atenas? Ay, Néstor, esto de no poder volver a ver a mi prometida hasta el día del casamiento es una tortura...

Néstor apretó la mandíbula, le parecía indignante que lo más importante para Leandro fuera si la belleza natural de Nerea se había desarrollado o si esta había perdido esas pinceladas de hermosura que los dioses le habían dedicado. Él habría preguntado por miles de cuestiones más sobre ella si no la tuviera tan cerca a diario. Sabía que no era más que un capricho para él, algo muy banal comparado con ese amor imposible que él sí sentía por esa chica.

—Sería impropio contestar a esa pregunta, Leandro. Lo mejor va a ser que me marche, yo también tengo tareas en las que ocupar mi tiempo. Nos vemos el día de la partida —dijo finalmente Néstor queriendo finiquitar la conversación.

—Así será, y espero que no sea nuestro último encuentro. Deseo que vuelvas vivo de la guerra, Néstor. En el fondo te aprecio. Además, así podrás ver

a Nerea como mi feliz esposa. Es una lástima que, al marcharte, no puedas acudir a la boda...

Néstor hizo caso omiso de aquellas palabras y se giró. De haberse dejado llevar por el odio que invadía su corazón, se habría enzarzado en una pelea hasta partirle la boca a ese hombre tan prepotente. Pero no le convenía. «Necesitaré todos los dientes para sonreír como un estúpido cuando vea que Nerea será finalmente mía», pensó mientras se alejaba de allí.

Néstor observaba el almendro que, esplendoroso, desplegaba sus hermosas flores en el patio de la casa. Era, sin duda, el orgullo botánico del hogar y, con casi toda seguridad, el motivo por el cual se había ganado la confianza y el aprecio de Megacles. En una Atenas que adornaba sus patios con tímidas plantas, Néstor había convencido a su señor para arriesgar. «Ya verás, cuando florezca parecerá que hay una llamarada eterna en tu jardín», le había dicho con una gran dosis de entusiasmo Néstor, y el jardinero jamás olvidaría la cara de admiración de Megacles al ver el árbol en todo su esplendor en su primera floración. Era la única vez que había visto reflejada en su severo rostro la inocente niñez.

Sin embargo, no era precisamente un árbol lo que él consideraba que daba vida a la casa. Néstor giró la cabeza para ver que Nerea accedía al patio y se miraron, actuando aquel cruce visual como una urgente llamada a acercarse. El jardinero agachó la cabeza mientras la hija de Megacles se aproximaba a él; aún era incapaz de dominar la timidez a la que le obligaba su estómago revolviéndose de amor cada vez que se encontraba con ella.

—Buenos días, Néstor. ¿Todo bien?

La pregunta de la muchacha no se desviaba del estricto protocolo al que debían aferrarse: un saludo genérico y formal.

—Mejor desde que has aparecido —contestó el jardinero desafiando a dicho protocolo. Para lo siguiente que iba a decirle, sí se aseguró de bajar la voz—. Ya sé cómo voy a conseguirte tu gato.

—¿En serio? —Aunque el volumen de las palabras de ella también había disminuido, su rostro mofletudo mostraba claramente el entusiasmo implícito en aquella pregunta.

Néstor miró alrededor. El patio era la zona donde la familia pasaba la mayor parte del tiempo, pero por suerte en aquel momento solo se encontraban allí unos esclavos preparando un guisado que devolvía un aroma a montaña.

—Voy a ir a la guerra —dijo Néstor y Nerea chilló ante aquella revelación, tuvo que llevar las manos a su boca para ahogar el grito. Néstor le pidió calma con sus manos, aquella conversación debía seguir pareciendo un aburrido intercambio de saludos sin más—. No te preocupes, Nerea. Es la forma más segura de cruzar el Egeo. Nadie se atreverá a atacar a la armada griega...

—No, no, no... ¡No es eso lo que quiero para ti!
—Nerea agitaba las manos junto a aquella negación—. ¡No quiero que te vayas!

La chica no pudo evitar gritar asustada, llamando la atención de los esclavos cocineros que había cerca de ellos. Néstor llevó su dedo a los labios de la chica para ordenarle que se callara. El contacto de su piel en los labios de la muchacha causó en él un cúmulo de reacciones tal que temió ser incapaz de evitar que su túnica mostrara, bajo su vientre, el deseo que sentía por ella.

—Te digo que no te preocupes, Nerea —retomó Néstor—. Ya he hablado con Leandro, él me dejará viajar en su trirreme. —La alusión a su prometido no hizo otra cosa que preocupar aún más a Nerea, a juzgar por su rostro atemorizado.

—No quiero que te vayas, Néstor. No, no... Y menos por mi culpa... ¿A la guerra? ¡¡Es muy peligroso!! ¿Y si te pasa algo? ¿Y si... mueres?

—Hay cosas peores que la muerte, Nerea, y sé que una de ellas sería quedarme aquí sintiéndome incapaz de saciar tus deseos. No, no podría soportar ese dolor. Además —continuó Néstor permitiéndose el riesgo de tomar las manos de su amada entre las suyas—, tendré mucho cuidado. Rezaré a diario a todos los dioses. Me compraré una buena armadura que me proteja..., si es que tengo monedas para ello...

Nerea se quedó pensativa durante unos segundos. Después, se quitó su brazaletes dorado y se lo ofreció al joven.

—Ten. Véndelo y compra esa armadura con lo que te paguen por él. Me sentiré más tranquila si vas bien protegido.

—¡No! ¡Nerea! No te estoy pidiendo que me des nada... —Néstor negaba enérgicamente con la cabeza, no quería ni siquiera pensar que le estaba pidiendo dinero.

—Te daría esto, todos mis collares, y mi manto y mi túnica, incluso mi piel... si eso sirviera para sentirte más seguro... Acéptalo, Néstor, al contrario que tú, yo no creo que haya cosas peores que la muerte, si es a ti a quien afecta esta.

El corazón de Néstor se encogió ante aquellas palabras.

—Está bien, lo acepto. Como un préstamo. Y solo porque sé que me ayudará a estar finalmente junto a ti. Y ahora, por mucho dolor que me cause, debo separarme de ti, Nerea. Ya hemos hablado más de lo que deberíamos a la vista de los que habitan en esta casa. Volveré a verte antes de emprender mi viaje, te lo prometo.

Las manos de ambos se despegaron, sintiéndose huérfanas las unas sin las otras.

—Néstor...

—No, Nerea. No digas nada —interrumpió el jardinero ofreciéndole una sonrisa—. He dicho que ya hemos hablado más de lo que debiéramos. Además, sé lo que vas a decirme, y no, no vas a conseguir que cambie de opinión. Voy a viajar lejos de ti para poder encontrarte. Para encontrarnos, mejor dicho. Así que, ahorra todas esas palabras que no van a conseguir que cese en mi empeño.

Néstor se giró, dejando allí a una asustada Nerea corroída por la culpabilidad, pero que creía ciegamente en esa promesa de la que su amado hablaba. A pesar de que sabía que las intenciones de Néstor no se alejaban mucho de una mera fantasía, el amor le obligaba a creer en él.

Néstor salió finalmente de la casa, deshizo el callejón que desembocaba en ella y empezó a caminar por las calles de Atenas. Los mendigos, cada vez más abundantes a su paso, le indicaban que se alejaba de la zona noble de la ciudad y se adentraba en una región más mundana. Continuó andando por lugares que conocía de sobra para llegar a la herrería de su amigo Casiodoro.

Una vez dentro, tras resistir el impacto inicial de la densa atmósfera de aquel negocio, se aseguró de que no hubiera clientes y estiró el brazo mostrando el brazalete de oro con granates incrustados que le había regalado Nerea.

—¿Qué puedes ofrecerme a cambio de esto? — preguntó al herrero, que ya se acercaba a él tras haberle visto entrar.

Casiodoro mostró interés en el gran grosor de la joya, que indicaba su importancia. Se acercó un poco más, entrecerró unos ojos cansados de buscar hasta la más mínima imperfección en el metal de sus creaciones a lo largo de más de cincuenta años.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó el hombre arrugando la nariz y elevando sus prominentes mejillas en un gesto de clara sospecha—. ¡Y no me digas que con lo que te pagan como «riegaplantas» lo has podido comprar!

—Es de Nerea, y...

—¡Ah! ¡De Nerea! —interrumpió el herrero—. Pues ya puedes salir por la puerta, y no le digas a nadie que has estado aquí. La prometida de Leandro... No, no, problemas solo me traes, Néstor. ¿En qué estás pensando?

—Me lo ha dado ella, Casiodoro, para comprar una buena espada y una buena armadura. Tengo que partir a la guerra por su amor —confesó Néstor, haciendo que el rostro del herrero, más duro que las puntas de lanza que trabajaba, se reblandeciera—. Tal como amas tú al metal, así la amo yo a ella.

Néstor volvió a estirar el brazo, a mostrar la joya. En el tiempo que el herrero dudó de si aceptarla, el humo ácido de la herrería llegó hasta él, la piedra de los hornos pareció hacerse más dura y el repiqueteo del metal más insistente, lacerando los oídos y la paciencia.

—¡Guárdate eso! Te haré lo que me pides — sentenció finalmente el herrero. A pesar de la musculatura que le proporcionaba su oficio incluso a su avanzada edad y de un rostro cuya calvicie dotaba de una extraña ferocidad, tenía un corazón muy compasivo—. Pero ¡por Hefesto!, devuélvele el brazalete si no quieres que separen tu cabeza de tu cuerpo. Sí, tienes razón, amo el metal, también el oro que tiene ese adorno. Pero por ese mismo amor que siento, lo respeto, y no voy a aceptar una posesión que ni es mía, ni es tuya. Y así como igual también tú amas a Nerea, deberías respetarla, pues tampoco tuya es.

—¡No voy a dejar que se case con Leandro! — replicó Néstor, enfadado, de la misma manera que los cientos de veces que su amigo herrero le había sugerido no inmiscuirse en esa relación.

—No he oído nada, Néstor. Te diré que el martilleo de ahí atrás no me deja hacerlo. —Casiodoro señaló a la parte trasera de la herrería, donde las armas se forjaban a golpe de metal—. No quiero ser parte de tu ajusticiamiento. Si alguien te oyera... He dicho que te proporcionaré armas y armadura. Pero no hables más, cada palabra tuya nos pone en peligro.

—Gracias, Casiodoro. Te regalaré las mejores flores de los Jardines Colgantes de Babilonia como agradecimiento por tu ayuda cuando llegemos a ellos, si es que es verdad que esa maravilla existe y mentira que fue destruida. ¡Te lo prometo! A ver si así enamoras a Keila y hacéis eso que hacen los amantes y que apacigua el carácter.

Néstor rio, no tanto el herrero.

—Lo que sí me endulzaría el día sería una buena copa de vino —decidió el hombretón, cansado de trabajar durante toda la mañana—. A tu cuenta, por supuesto.

El jardinero asintió, hizo una leve reverencia. Casiodoro se dirigió a la zona trasera, dio varias órdenes a viva voz y unos segundos después los dos amigos estaban caminando por las calles de Atenas. Casiodoro se arrodilló ante el templo de Hefesto cuando pasaron junto a este y el de Apolo, en las lindes del ágora. Mientras el herrero admiraba las estatuas de culto, el botánico hacía comentarios sobre la ausencia de vida vegetal sin saber que años después se crearía un jardín con mirtos y laureles alrededor de la construcción. Esquivando la zona más sofisticada de la ciudad, callejaron hasta llegar a una taberna, escasas hasta que años más tarde Roma las acabara convirtiendo en un negocio más prolífero y abundante.

—Así que a la guerra —dijo Casiodoro una vez se les sirvió la bebida y pudo mojar con ella sus labios. Néstor respondió silenciosamente con un movimiento vertical de su cabeza—. ¿Por qué? Trabajas para una familia pudiente. Apuesto que no tendrías dificultades para conseguir el permiso necesario para que no tengas que unirse a la lucha.

—Y de hecho, no es la consecución de ese permiso lo que me preocupa, sino el renunciar a él —afirmó Néstor tras comerse un higo seco para acompañar el vino—. Aunque todavía no le he comunicado a Megacles mi deseo de abandonar mis servicios.

—Te aprecia, Néstor. Mucho. Te considera su adlátere. Y por eso mismo vas a causar un enfado tan grande en él que el picotazo diario del águila a Prometeo no va a ser nada comparado con el castigo que te va a imponer. Pero sigo sin entender una cosa. ¿Por qué? ¿Por qué vas a la guerra de manera voluntaria? ¿Tanto sufrimiento te causa estar cerca de ella sabiendo que jamás podrás poseerla? —Casiodoro omitió el nombre de Nerea, la taberna no tenía la intimidad ni la gente de confianza que sí poseía su herrería para hablar de esos temas.

—¡No es eso! —replicó Néstor. Miró hacia todos los lados y después disminuyó el volumen de su voz, llegando casi al susurro—. Es cierto que me duele estar cerca de ella sabiéndola prometida a otro, pero más

dolor me causaría separarme. Mas, si voy a la guerra, precisamente es para conseguir que sea mía.

—Hablas de ganar una mujer, idiota, pero lo único que perderás es la vida en el combate. Qué necio eres...

—No tanto. Tengo el mejor herrero de la ciudad, confío mi supervivencia en la lucha a sus magníficas armaduras.

Néstor ofreció una sonrisa que se reflejó en la cara atacada por el tiempo del herrero, aunque en su caso el estiramiento de labios no pudo evitar mostrar cierta amargura.

—Los persas, ¡Néstor! Vas a luchar contra Persia, el mayor imperio que existe. El más terrorífico.

—No será para tanto —afirmó el jardinero con un movimiento de mano que intentaba restar importancia a aquel argumento—. Además, no pienso llegar hasta Babilonia. Una vez en Asia, me separaré del ejército y viajaré a Egipto. Ese es mi destino. Solo seré soldado para cruzar el Egeo con seguridad junto a la flota griega.

—¿Egipto? Claro, ¡qué gran idea! Me dejas más tranquilo, tú solo en el desierto... —ironizó Casiodoro. No sabía mucho de geografía como para saber dónde estaba Babilonia, ni siquiera Asia, pero sí sabía que Egipto se encontraba inmerso en un mar

infinito de arena y fuego—. Te echaré de menos, jardinero...

—Tranquilo, volveré. Puedes estar seguro. No hay mayor medio para conseguir el éxito que una buena motivación. Nere... Ella es la mayor de las motivaciones posibles.

—No, no vas a volver —vaticinó el herrero—, porque ni siquiera te vas a ir. Antes de partir tienes una misión muy difícil, más incluso que ganar una guerra, y esa es convencer a Megacles de que te libere de tus servicios. Y, ¿sabes? Me alegro de que así sea. Si tú no ves la estupidez de tus actos, entonces que alguien te impida llevarlos a cabo...

Casiodoro tenía razón. La batalla verbal con Megacles no iba a ser fácil. Pero Néstor ya había decidido que no habría nada ni nadie que le impidiera cumplir los deseos de Nerea, ni siquiera su propio padre. Así pues, cogió el último higo seco casi arrebatándoselo de las manos al herrero, se levantó y, despidiéndose con un leve alzamiento de brazo, emprendió rumbo a la casa de la joven a la que amaba para solucionar el siguiente problema que se posicionaba entre él y su objetivo.

—¿Cómo?! ¿He oído bien?

La pregunta retumbó en la cal que recubría las paredes de adobe, en las tejas del techo y en el suelo de argamasa de la estancia, azotaron las lámparas de aceite jugando con la iluminación de la casa de Megacles. La voz del padre de Nerea estaba impregnada de ira, pero una vez el enfado fue diluyéndose, el hombre continuó hablando con un rostro barnizado de indignación.

—¿Nos abandonas, Néstor? —prosiguió el señor del hogar—. ¿Qué mal te hemos hecho para que nos prives de tus magníficos conocimientos?

—Mal, ninguno —se apresuró a afirmar Néstor—. La única queja que podría tener de vosotros es que no me hayáis enseñado a cubrir el vacío que en el corazón me va a dejar vuestra ausencia.

—No, eso no, Néstor. No utilices bellas palabras para suavizar tu huida. —Megacles caminaba de un lado a otro, nervioso. Golpeó la pared, dejando la marca de su puño en ella—. ¿Qué mal? ¿Qué agravio te he podido causar, chico?

A pesar de que Néstor rozaba la treintena, Megacles aún lo consideraba su muchacho.

—Agravio ninguno, repito, y que todos los dioses del Olimpo desplieguen su poder contra mí si miento —dijo Néstor con su mano en el pecho—. Me aseguraré de proveeros de un hombre que cuide de vuestros jardines tan bien como yo, mejor si acaso. Hay muy buenos botánicos en Atenas.

—Te pagaré más, si es que ese es el problema —ofreció Megacles quitándose sus anillos de plata—. Ten, son tuyos, como obsequio si te quedas.

—Vuestro aprecio tiene más valor que cualquier moneda, no son motivos económicos los que me hacen marcharme, ni ellos podrían hacer que me quedara.

Megacles resopló, de nuevo su bufido azotó las lámparas distribuyendo el olor a aceite quemado por toda la habitación. Sus pasos retumbaban, siendo ese sonido la única banda sonora que acompañaba la discusión.

—Entonces, ¿por qué te vas? —preguntó Megacles. Suspiró vaciando sus enormes pulmones y llenando la estancia con su pesar.

«Porque amo a tu hija con todo mi corazón», le habría dicho Néstor si eso no hubiera servido más que para que le cortaran el cuello por alta traición.

—Tengo que ir a la guerra, a salvar la democracia griega de la tiranía persa —dijo en su lugar, las mismas

palabras que habían repetido tantas veces los políticos partidarios del enfrentamiento bélico.

—¡Ja! Hablas de democracia, de libertad, como si fueras un guerrero. Y para ello, te pondrás precisamente a las órdenes de ese macedonio que nos priva de ella, que nos somete bajo su yugo. Muy bien, Néstor, nos liberarás sirviendo a nuestro carcelero, muy inteligente por tu parte...

—Pero Alejandro...

—¡Ni le mentes! —ordenó Megacles, enfurecido. Como si no le hubiera robado ya la suficiente dignidad, ahora el rey de Macedonia se llevaba a uno de sus mejores sirvientes, uno de sus mejores amigos. Destensó sus puños para continuar con su admonición—. Das tu vida por un extranjero en lugar de disfrutar de ella junto a los que somos parte de tu familia. Eso es lo que haces. ¿Quién te recogió de las calles? ¿Eh? ¿Quién te puso bajo la tutela de un sabio para que aprendieras el arte de las hierbas?

—Tú, Megacles.

—¿Quién te dio techo y comida?

—Tú, y lo agradezco. —Néstor agachó la cabeza, dejó que el flequillo de su castaña melena ondulada ocultara su avergonzada y triste mirada.

—¿Quién te quiere como un hijo? —continuó el hombre agarrando con rabia la parte de la túnica que cubría su corazón.

—Tú, Megacles —repitió Néstor—. Y tu esposa, lo sé.

Las lágrimas amenazaban con salir de los ojos del jardinero. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para retenerlas y no delatar que no se marchaba por su propio deseo, por mucho que así lo hubiera hecho parecer.

—¿Quién te quiere como un hermano? —prosiguió Megacles con su interrogatorio emocional.

Esa pregunta tomó forma de puñal, hirió a Néstor en lo más profundo de su alma. Quería a Nerea, por supuesto. Pero no como a una hermana.

—Nerea... —contestó con la voz quebrada.

—Pues a esa familia es a la que abandonas, Néstor. De forma desagradecida, además.

El joven se sintió muy dolido. En su interior solo había agradecimientos para ellos. Le pareció excesivamente tortuoso no poder expresarlo, tener que demostrar precisamente lo contrario.

—Prometo triunfar en la guerra, me haré con la totalidad del tesoro persa si es necesario para pagar lo que os debo —dijo Néstor inclinándose ligeramente su

cuerpo—. Pero no me llames desagradecido, por favor...

—¡Peores cosas te voy a llamar si no desapareces de mi vista! Vete, Néstor. Vete de aquí si es lo que quieres, pero no tomes estas palabras como un permiso, sino como una renuncia a suplicar. No me he inclinado jamás ante nadie y ya te he pedido una vez que te quedes, eso ya es una más de las veces que acostumbro a pedir. Vete, Néstor. Que el terror de la guerra te consuma, y que cuando estés frente a Hades te arrepientas de esta decisión. —Megacles se giró sin esperar respuesta, también sus ojos retenían una lágrima que no se podía permitir exteriorizar—. Pero antes de marcharte, despídete de tu familia al menos —añadió mientras se alejaba, bufando.

Néstor visitó a la esposa de Megacles en una despedida no menos intensa y, acto seguido, se dirigió al dormitorio de Nerea. Golpeó la puerta con sus nudillos con el mismo convencimiento que si estuviera tocando la puerta del Olimpo, pues sabía que dentro estaba su verdadera diosa.

—Adelante —concedió Nerea desde el interior con una voz que sonaba apresada por la pena.

Néstor empujó la madera y ante él se dibujó la figura sobre la que se imaginaba que debía girar el universo. Nerea, abrazándose a sí misma como si hiciera frío en aquella bochornosa tarde de primavera,

miraba a través de la ventana que se abría al monte Licabeto, según la mitología, originado por una roca caída de manos de Atenea.

—No deberías estar aquí, los hombres no podéis pasar al gineceo —dijo la chica cuando las sandalias de Néstor comenzaron a golpear el suelo que les separaba. Le había reconocido sin mirarlo, gracias al olor de la hierbabuena que se empeñaba en hacer crecer en el pequeño jardín del hogar. Dudó de que las plantas pudieran seguir creciendo sin el hombre que las cuidaba y mimaba con tanto ahínco.

—Vengo a despedirme —anunció Néstor dando dos pasos más, acortando distancias y cediendo a la fuerza amorosa que le empujaba hacia ella—. Tu padre me ha dado permiso para estar aquí.

—¿Está muy lejos Egipto? —preguntó Nerea, que conocía los mapas pero jamás había salido de Atenas. Y por eso en aquel momento estaba mirando por la ventana, escrutando el horizonte. Necesitaba medir la distancia que les iba a separar en unidades distintas a los latidos de dolor.

—Cruzaremos el Helesponto y desembarcaremos en Anatolia —respondió Néstor. Tampoco sabía mucho más de la epopeya que estaba a punto de vivir.

—No te vayas... —pidió Nerea, incapaz de mirarle. Una vez llegó a estar tras ella, Néstor pudo verla temblar.

—Nada puede retenerme aquí, si la promesa del regreso incluye poder estar contigo.

—¡Pero es que soy una caprichosa! —se reprendió a sí misma la muchacha, casi en una explosión de vergüenza—. ¿En qué estaría pensando? No te vayas por mí, ya no quiero ese gato... De verdad. A veces —añadió sin evitar que las lágrimas salieran de sus largos y negros ojos y bajaran por los pómulos marcados que ocupaban su rostro almendrado— me comporto como una niña. Lo sé...

—No es solo por el gato —aclaró Néstor llevando sus manos a los brazos de Nerea, acariciándola—. Es por su significado. Cruzaré medio mundo para traértelo. Esa será mi demostración de amor, una que le valdrá a los dioses para aprobar nuestra unión y que ni tu padre, ni siquiera Leandro, se atreverán a contradecir por su condición divina. Y, si así lo hicieran, tendrían que enfrentarse a mi gloria y a la nueva posición que conseguiré en la guerra, muy por encima de ellos. La que me encumbrará como un héroe, un digno descendiente de Hércules. No es el gato, Nerea. Es lo que siempre tuve que haber hecho. Pero, además, puesto que así es tu deseo y comparto tus anhelos, sus maullidos acompañarán las noches de

amor que nos regalemos en nuestra futura casa en lo alto de Atenas.

Néstor deslizó sus manos por la tersa piel de Nerea, finalmente convirtió sus caricias en un abrazo. Nunca habían estado así de cerca. Jamás se habían permitido esa prohibida cercanía, y Néstor entendió que, a pesar de la delgadez y la pequeña estatura de ella, sus brazos ya jamás estarían llenos sin Nerea entre ellos. Dejó un beso en la oscura melena castaña de ella, lisa en su nacimiento, pero que se curvaba conforme descendía mostrando unos tímidos rizos al acabar en su zona lumbar. A pesar de que el cabello actuaba a modo de muralla con aquel gesto, la joven sintió que este llegaba hasta su corazón, y se estremeció al pensar qué podría llegar a sentir si aquellos labios algún día pudieran esquivar la prohibición de contactar con su piel. Se dieron un minuto así, agarrados, antes de obligarse al titánico esfuerzo de separarse.

Paradójicamente, aquella nueva proximidad que se habían concedido de manera riesgosa durante unos segundos contrastaba con la lejanía a la que les iba a obligar el viaje que Néstor estaba a punto de emprender y del que no sabía siquiera si sería capaz de regresar.

El trirreme rompía las olas del Egeo con furia, ávido de aventura. Las primeras horas de viaje, Néstor se había dedicado exclusivamente a intentar mantenerse en pie. Todo lo que había tomado en el desayuno antes de partir había salido de su boca en violentas arcadas; ni siquiera había sido capaz de ocupar su puesto como remero y su valía a bordo estaba siendo cuestionada. Consciente de su incapacidad digestiva, había decidido entregar como ofrenda a Poseidón toda la comida que había preparado para el viaje, echándola junto a una plegaria por la borda. El dios parecía haberle escuchado y las sensaciones de mareo habían comenzado a desvanecerse poco a poco con el paso del tiempo, pudiendo finalmente ocupar su lugar en el barco, evitando así las amenazas de sus superiores.

De lo que no era capaz de despegarse era del dolor de brazos, de esa sensación de quemazón continua que le atacaba en cada sesión de remo. Intentando calmar el cansancio y la penuria había buscado un favor más elevado y había pedido al mismísimo Zeus ayuda, y la respuesta divina había sido cambiarle su compañero de banco. En lugar del enclenque que sufría tanto o más que él con el remo habían puesto a una bestia humana

que parecía ser encarnada por el mismísimo padre de los dioses.

—Así que, jardinero —dijo la susodicha mole una vez ambos se hubieron presentado.

—De uno de los... mejores... hombres de Atenas —concretó Néstor entre jadeos conforme la sensación de ahogo por el ejercicio le iba permitiendo.

El dolor muscular era horroroso. Por un lado, sus brazos ardían por el esfuerzo, pero a la vez se veían afectados por la permanente humedad que afectaba al interior del casco de la nave, entumeciéndolos con una sensación de frío eterno. De igual manera, el sudor se mezclaba en la piel de los remeros con las gotas de agua que caían desde la cubierta, generando un incómodo vaivén entre calor y frío que alteraba los sentidos. El mareo propio de la navegación y el hedor debido a la sudoración de los zigitas tampoco ayudaba a librarse de una esfera de malestar continuo que convertía cada segundo en un castigo insufrible. Para sobrevivir a tal tortura, Néstor intentaba concentrarse en los sonidos de la flauta que marcaban el ritmo, una preciosa melodía al menos hasta que su cerebro acabó asociándola con la amargura del proceso de remado.

El que parecía no estar afectado por las inclementes condiciones del viaje era Ascanio, el hombretón que ahora se sentaba en el banco al lado de Néstor.

—¿Y qué te trae a la guerra? —preguntó el que parecía la encarnación de Zeus con una frescura envidiable, sin síntomas de agotamiento—. ¿Honor? ¿Deber? ¿La promesa de riqueza?

—¿Qué te trae a ti? —contraatacó Néstor, que antes de sincerarse con alguien gustaba de saber más sobre él.

—Mira mi cuerpo, ¿acaso piensas que fui creado para otra cosa que para la pelea?

Néstor se fijó en aquella masa que se movía por efecto de la carcajada y en la que se definía visiblemente cada uno de los músculos, todos ellos de gran tamaño. Definitivamente, si los dioses habían preparado algún plan para él, este debía de estar relacionado con la lucha.

—Por una mujer —se confesó Néstor mientras se quitaba un mechón mojado de la frente. Se dio cuenta al soltar el remo de que este seguía moviéndose sin dificultad solo con el empuje de su compañero—. Voy a la guerra por una mujer.

—Pues vaya novedad es esa... A muchos he conocido que han partido a la guerra por la promesa de un vergel caliente donde plantar su hombría —dijo el enorme zigita, encontrando Néstor poco apropiado el símil—. También te digo que de todos ellos, pocos he visto regresar. No han vuelto a tener en sus manos algo

caliente más allá de su propia sangre saliendo de su cuerpo. Pero espero que los dioses estén de tu parte, jardinero. Si te has enamorado, pues te has enamorado...

—«Enamorado» no es la palabra exacta —replicó Néstor cabizbajo y con un volumen de voz que apenas se alzaba sobre el ruido del oleaje que golpeaba el casco a su derecha—. Voy por ella, sí, es cierto, pero no por amor. No solo por amor, al menos. Diría que lo hago por un sentimiento todavía más elevado.

—Esa respuesta sí que es buena, jardinero. ¿Acaso existe algo más elevado que el amor? Sí, por supuesto que existe. Ya lo creo. Aplastar una cabeza con un hoplon, por ejemplo. Pero lo que digo es que, al menos, para un enamorado, no hay nada por encima del sentimiento amoroso, tal es la idiocia que os ciega.

Néstor se sintió ofendido, no por el ataque a su persona, sino por el maltrato al sentimiento que profesaba por Nerea.

—La primera vez que la vi... —comenzó a decir Néstor, como si necesitara explicarse—. La primera vez que mis ojos sintieron el regalo de poder verla, tan solo éramos dos niños. Y, viéndola allí, tan frágil, sin saberlo, sentí que debía protegerla. Algo aquí dentro me lo decía. —Néstor señaló su corazón—. Yo, apenas un miserable chiquillo vagabundo cuyo único cometido era evitar los desmayos causados por la

hambruna, me sentí el ser más poderoso, supe que podría obtener toda la fuerza del mundo si esta era necesitada para salvar a esa niña. Bajo cualquier circunstancia, mi vida debía ser dedicada a su bienestar. Eso sentí. Entonces, ella fue creciendo, y los sentimientos que yo le dedicaba también. No solo cambiaron su tamaño, también la forma, a ver cómo te explico... Primero quedé prendado de la diversión de su niñez, después de la curiosidad de su adolescencia, y, finalmente, cuando se convirtió en mujer, mi corazón cayó en las brasas de sus formas femeninas. Pero lo que jamás cambió, Ascanio, lo que nunca ha cambiado es esa necesidad mía de asegurar su felicidad. Es tan intensa como el primer día que la vi. No recuerdo cuánto tiempo llevo enamorado de ella, que no es poco, pero sí sé que quiero protegerla desde que la conozco. Es decir, desde siempre.

Su compañero dejó de remar y le miró fijamente. Su mirada fiera de guerrero parecía haberse humanizado.

—Te van a matar en la guerra, jardinero, pero tal como cuentas lo que sientes, entiendo que no tengas otra opción que ir —dijo el hombretón estirando la sonrisa de Néstor—. Pero sigo diciendo que, más gratificante que todo eso que me cuentas, es aplastar la cabeza de un enemigo con el escudo.

La carcajada de ambos retumbó en el interior del casco del trirreme. Si Néstor supiera lo que estaba

ocurriendo en Atenas en ese momento, no se hubiera reído tanto.

—¿Qué? ¿Te gusta? ¿Está a la altura de tu hija?

Leandro señalaba el carro que acababa de comprar y que debía llevarle a la casa de Megacles el día de la boda. Su futuro suegro miró el vehículo, se rascó la barbilla y pensó que no podía haber artilugio en este mundo por lujoso que fuera que hiciera honor a su niña, pero por motivos obvios optó por expresar lo contrario.

—Sin duda, un buen cacharro. A Nerea le encantará —mintió Megacles. Sabía que su muchacha no deseaba contraer matrimonio y que odiaba todo lo que estuviera relacionado con el evento.

—También he encargado las mejores hojas de laurel y olivo para decorar vuestra casa, junto a variadas dádivas que congratularán a los invitados —informó Leandro, orgulloso.

—Nerea quiere que la decoración corra a cargo de las flores de nuestro jardín —expuso Megacles—. Ha crecido junto a ellas y las aprecia, Néstor cuidaba de las plantas para ocasiones tan especiales como esta.

—Oh, no, ¡por Zeus! —Leandro hizo una seña para que el padre de su prometida lo acompañara hacia

el interior de su enorme y privilegiada casa—. Ese desagradecido de Néstor ahora mismo cruza el Egeo. Si él se ha desentendido de vuestra familia, eso mismo haremos con todo lo que os recuerde a él. Es lo justo.

Megacles asintió, haciendo una nueva concesión. No tenía más remedio que decir que sí a todo lo que Leandro le sugiriera. «Si esa maldita caravana comercial no hubiera sido asaltada con la mitad de mis pieles...», maldijo Megacles haciendo alusión al hecho que había precipitado las cosas y por el cual había solicitado aquel encuentro. Había arriesgado demasiado en una desafortunada aventura comercial y ahora necesitaba más que nunca el apoyo económico de Leandro. Así pues, no había otra alternativa: su hija debía casarse con él lo antes posible, estuviera preparada o no.

—Ven, Megacles, sígueme —ordenó Leandro mientras avanzaban por el interior de la casa. Un sirviente fue raudo a ofrecerles una copa de vino a cada uno—. Te voy a mostrar la túnica que llevaré en la ceremonia. ¡Qué tacto! Apuesto que tus dedos no han tocado algo tan excelso jamás, salvo la piel de mi futura esposa, por supuesto.

—Leandro... —dijo Megacles con un tono sombrío, deteniendo el avance de ambos en mitad del patio. La gran presencia del hombre parecía diluirse por segundos y su cuerpo comenzó a deshincharse con sus siguientes palabras. Tuvo incluso que apoyarse en una de las columnas temiendo desvanecerse. No estaba

absolutamente acostumbrado a suplicar—. No he venido a hablar sobre la ceremonia. He venido a pedirte algo de dinero...

—¡Pero Megacles! ¡Yo aquí mostrándote todo lo que tengo preparado para el enlace de tu hija y tú queriendo ensuciar tan bonito momento con monedas!

—Asaltaron la caravana comercial donde había puesto mis más preciadas posesiones...

—Lo sé, Megacles. Conozco la noticia. Lo lamento. —Leandro puso su mano en el hombro de su futuro suegro, que no soportaba tanta compasión—. ¡Pero mira ante qué ironía nos encontramos! ¡Se supone que es el padre de la esposa el que tiene que dar la dote!

Leandro reía, mostrando una perfecta dentadura en aquel rostro de facciones medidas cuyo cabello dorado parecía reflejar el aura celestial que envolvía a su persona. Los dedos de Megacles apretaban la copa de vino con rabia, casi hundiendo el metal del recipiente.

—Duplicaré esa dote con las ganancias que obtenga en mi próxima operación, Leandro. Considera este préstamo como una inversión, no como una petición sin más.

—No, por los dioses. No hay préstamos entre familiares. Te ayudaré económicamente, sin miramiento alguno. Puedes estar seguro de ello.

—Gracias, Leandro.

Megacles se inclinó, hizo todo lo posible por apagar la bola de fuego que crecía dentro de él. Odiaba implorar, y todavía más a un joven engreído que no había vivido ni la mitad que él y que no había tenido que enfrentarse a ninguna de las dificultades que él había superado en su larga vida.

—Pero, como he dicho, los familiares tienen que ayudarse entre sí. Por lo tanto, yo también te pediré algo —afirmó el aristócrata—. Quiero que adelantemos la fecha de la ceremonia. No aguanto más sin tu hija entre estas paredes. Créeme, no estoy acostumbrado a que se me nieguen las cosas y eso me hace aún más desear a Nerea. Por ese mismo sentimiento de necesidad, ya que creo que no podré estar mucho más tiempo sin tenerla junto a mí, te pido que me la entregues cuanto antes.

—Pero Leandro... Ya sabes que estas cosas son muy difíciles para ellas, es muy joven... Dale algo de tiempo.

—Megacles, también son complicadas las negociaciones comerciales, puede que entonces tú también necesites algo de tiempo para saber en qué

invertir mis monedas, y te digo que estoy dispuesto a dártelas ya mismo sin miramientos. Hoy mismo puedes salir de mi hogar con ellas, o con las manos vacías. Todo depende de tu predisposición a cuidar a tu futura familia —amenazó sutilmente Leandro.

A Megacles se le partió algo por dentro. Sabía que su niña no se lo iba a perdonar, pero necesitaban el dinero para no caer en el abismo económico al que se estaban acercando peligrosamente.

—¿De cuánto tiempo hablamos? —preguntó finalmente Megacles, sumiso.

—Dos semanas. En dos semanas espero estar disfrutando de Nerea en mi hogar.

—Así será.

—Bien, Megacles. Celebro esa decisión. — Leandro alzó su copa y dio un trago para saborear aquel momento—. Ahora, como te decía, sígueme. Vamos a ver la preciosa túnica que he preparado para la ceremonia.

Megacles afirmó, subyugado. Siguió a Leandro para ver esa maldita túnica que sabía que su hija vería como la indumentaria de su propio verdugo.

Néstor intentaba cruzar el río Gránico, una tarea que se antojaba imperiosa con el peso añadido del linotórax y del escudo y la lanza que llevaba con los brazos alzados para evitar que se mojaran. Sentía que los hombros le quemaban y que no aguantaría mucho más en esa posición mientras avanzaba con pasos torpes contra el agua que llegaba hasta su cintura. Además, el temor actuaba a modo de hidra submarina que parecía agarrarle los pies frenando su avance.

—¡Por Zeus! No pensé que iba a echar de menos un lecho tan pronto —se decía a sí mismo mientras observaba la otra orilla del río, que parecía muy lejana, casi en el infinito si medía la distancia a través de su cansancio.

Era normal que se sintiese esclavo de la fatiga. Después de que el trirreme hubiera tocado tierra y tras desembarcar en suelo asiático, todo se había convertido en una carrera en la que cada pisada hacía que destellara un poco más de locura bajo sus pies. Apenas descansaban. Todo se había resumido a una marcha forzada eterna, instigados por el joven espíritu de Alejandro que ansiaba una primera victoria contra los persas lo antes posible.

—Y mucho menos pensaba formar parte de una batalla en tan poco tiempo... —seguía lamentándose el jardinero a su paso por el río.

Por suerte, las ansias bélicas de Alejandro jugaban a su favor. Antes siquiera de que la infantería hubiera terminado de cruzar el río, el rey macedonio ya se encontraba al otro lado embistiendo con su caballería a los persas.

Así, cuando Néstor consiguió dejar atrás la serpiente de agua, la batalla ya se había reducido a una persecución de enemigos que corrían para salvar su vida. Los sátrapas de Asia Menor no habían sabido ponerse de acuerdo y las desastrosas consecuencias las estaba sufriendo Memnón de Rodas con aquella dolorosa derrota.

Tras salir finalmente del agua, que se había convertido en una suerte de arenas movedizas líquidas, Néstor dejó el escudo y la lanza en el suelo. No tenía fuerzas para perseguir rivales. Inspiró fuertemente con la intención de llenar sus pulmones de aire pero lo único que incorporó fue el hedor a vísceras procedente del manto de muerte que tapizaba el suelo. Se había librado de tener que hendir su arma en un cuerpo con vida para arrebatársela, y lo agradecía, pero no se había escapado de tener que enfrentarse a las consecuencias de la muerte: allá donde mirase, unos ojos inertes mostraban el terror inherente a la conciencia de una próxima muerte certera. Si intentaba mirar a otro lado

para esquivar esas muecas de horror, se encontraba con un cuerpo mutilado que le recordaba que él mismo podía quedarse fácilmente sin manos o brazos en cualquier momento de la lucha.

Y sin ellos no podría abrazar jamás a Nerea.

Tras las tareas propias posteriores a la batalla, que se reducían a cargar carros con armas y cadáveres amigos para poder darles una digna despedida, los hombres emprendieron el camino de vuelta al campamento.

Una vez allí, Néstor recogió su ración diaria y fue a buscar a Ascanio, el hombretón con el cual había entablado amistad durante la travesía. Había intentado mantenerse a su lado durante el combate, pues consideraba que estar junto a un portento físico como él aumentaba las posibilidades de sobrevivir a la lucha, pero había sido incapaz de seguirle el ritmo durante el cruce del río.

—¡Néstor! ¿Qué tal la batalla? —preguntó Ascanio en cuanto el jardinero se acercó a la tienda de campaña donde él se encontraba.

El guerrero cubría su enorme cuerpo únicamente con un suspensorio que protegía sus genitales a pesar del frescor de la noche que ya hacía aparición. Aunque los griegos habían prescindido hacía tiempo de los calzones, el hombre los seguía usando como tributo a

dioses y héroes, ya que eran los únicos que seguían utilizando esa prenda de ropa en sus representaciones. Ascanio mostraba orgulloso sus grandes hombros y pectorales desnudos. De hecho, había combatido sin armadura y Néstor pensaba que era debido a que no habían de su tamaño.

—Se me hizo tarde para disfrutar del combate. Me entretuve pescando en el río —ironizó Néstor. Dejó su cuenco en el suelo y se quitó el casco y luego el pesado linotórax, una armadura creada a través de una decena de capas de lino pegadas con resina. Después, se sentó al lado de Ascanio.

—No te perdiste gran cosa. Cuando llegamos, los persas ya estaban desorganizados. Ese macedonio ya les había dado bien con sus caballos. Me jode reconocerlo, pero ese Alejandro tiene huevos. No es un rey que gobierne desde la comodidad de su trono, fue el primero en encarar al enemigo.

—Y eso casi le cuesta la vida —replicó Néstor, que creía que los héroes no eran más que el producto fantasioso de la mente de los aedos. Así, además, justificaba su uso de la cautela en su pobre aporte a la lucha—. Se cuenta que el general Clito tuvo que salvarle la vida...

—Pues por mí, bien que siga vivo. Mira que yo me enriquezco con la guerra y tanto mejor si se alarga, pero

en verdad desde el corazón y no desde mi bolsa digo que ese macedonio tiene algo especial...

—Si Megacles te oyera... —dijo Néstor, y pareció que necesitaba explicarse ante el rostro dudoso de Ascanio, quizás algo cómico con los restos de cebolla que asomaban entre sus dientes—. Es el padre de mi amada. Odia a Alejandro.

—¿Aún piensas en ella? Eso tiene valor, chico. A ver cuánto tiempo sigues creyendo en el amor a lo largo de esta campaña...

Néstor asintió apesadumbrado. El viaje apenas acababa de empezar y ya había visto demasiadas cosas como para llenar su corazón de horror, haciendo que este comenzara a recalcular su espacio interno, decidiendo cuánto dejar en él al sentimiento amoroso y cuánto al sentimiento destructivo que rodeaba todo lo bélico.

Entonces, un sonido hizo que se evaporaran aquellos agrios pensamientos.

Fue un maullido. Agudo y lastimero.

Néstor giró su cabeza y vio a una cría de gato que, desde la prudencia que daba la distancia, observaba el cuenco que Néstor había dejado en el suelo y que todavía no había vuelto a tocar.

—Si no te lo comes, te lo acabará quitando esa alimaña, y la comida no nos sobra precisamente — advirtió Ascanio, señalando con un movimiento de su barbilla el recipiente y mostrando gestos de fastidio, como si le encalabrinará la presencia del animal.

—Es un gato... —susurró Néstor, como si estuviera ante la aparición del mismísimo dios Hades, tal era la sorpresa que mostraba su cara.

La criatura, un pequeño pelirrojo de un par de meses, dio dos pasos, pero volvió a detenerse y a adquirir una postura defensiva, con el cuerpo rígido, replegado y las orejas hacia atrás.

—Sí. Es un gato —dijo Ascanio—. Eso está claro. ¿Acaso te has dado un golpe en la cabeza durante la lucha? ¡Pareces embobado ante su presencia!

—¡Es un gato! —gritó Néstor, y el animalito dio un salto hacia atrás, asustado.

«No es egipcio, pero seguro que es una señal de que me estoy acercando a mi objetivo», pensó Néstor mientras sonreía como un estúpido. La batalla, aun siendo una simple escaramuza, había sembrado la semilla del miedo y el horror en su corazón. Las dudas no tardarían en hacer aparición. Pero justo había aparecido ese animalillo, recordándole cuál era su objetivo y volviendo a afianzar sus objetivos en su mente.

Néstor se levantó, cogió el cuenco y se lo acercó al pelirrojo, que volvió a retroceder. El joven se movió en sentido opuesto para alejarse de la comida y entonces el felino se sintió seguro para aproximarse y empezar a dar cuenta del alimento, llegando al cuenco y deslizado su lengua sobre él entre maullidos de placer.

—Debe de estar hambriento —dijo Ascanio desde atrás— para comerse esta basura.

Así debía de ser, pues las raciones militares se componían principalmente de ajo, cebolla y queso. Puede que fuera esto último lo que engañaba al olfato del minino y le hacía disfrutar de la pitanza.

Néstor se acercó a pasos lentos, deteniéndose cada vez que el gato hacía el intento de retroceder. Con mucha paciencia y aprovechando que el hambre era superior al miedo en la cabeza del pequeño, el jardinero estiró el brazo hasta casi tocar al animal. Este olfateó sus dedos y tras varios segundos de incertidumbre, restregó su cabeza contra ellos.

Aquel contacto físico había llegado más allá de los dedos de Néstor. Había atravesado su piel, músculo y huesos hasta llegar a su corazón. Pero las importantes consecuencias de aquel encuentro, Néstor todavía no podía predecirlas.

El sol se despedía de Atenas en una perfecta metáfora sobre cómo se sentía Nerea: comenzaba el ocaso de su vida y sentía que su luz interior empezaba a desvanecerse condenándola a un futuro de oscuridad.

Su casa había dejado de serlo para ella incluso antes de que llegara el momento de abandonarla. Había dejado de sentir que era su hogar desde el mismo momento en el que su padre le había anunciado la fecha de su casamiento con Leandro. Desde entonces, cada segundo parecía que el cielo se cerraba un poco más sobre ella y, desgraciadamente, al final había llegado el día en el que debía devorarla hasta consumirla en una nube de tristeza. Las guirnaldas y las hojas de laurel y olivo ofrecidas por Leandro y que por doquier adornaban el lugar en el que había pasado su infancia hacían que se sintiera una extraña entre las paredes que la habían visto crecer y entre las que, una vez, se había sentido protegida en lugar de encerrada.

El día anterior había ofrecido sus juguetes de niñez a la diosa Artemisa para desprenderse de la escasa inocencia que aún quedaba en su cuerpo. El que más le había dolido dejar en el templo había sido un carro tallado en la madera de un árbol que Néstor había intentado salvar, pero que finalmente se había visto

consumido por una especie de mal que lo mataba poco a poco hasta acabar con el verde vivo de sus hojas. Con la madera inerte, Néstor había confeccionado la figurita y le había dicho, siendo niña, que aunque las cosas se torcieran, siempre se podía dar la vuelta a los acontecimientos y hasta un árbol muerto podía convertirse en algo tanpreciado como lo era ese juguete para ella. Pero Néstor no estaba allí para revertir su situación actual y ahora era ella la que se sentía como aquel árbol que se moría poco a poco.

También había ofrecido a la diosa el cinturón que representaba su castidad. Sin él se sentía desprotegida como un soldado sin escudo, a la espera de que un enemigo clavara sus deseos en ella, desgarrando toda su inocencia.

Apenas la noche había desplegado su tétrico telón oscuro sobre la ciudad, comenzaron a escucharse unos cánticos que a Nerea le sonaron a melodía fúnebre. Su futuro esposo se acercaba a su encuentro para llevársela, para robarle lo que ella consideraba su vida y llevarla a una casa a la que jamás podría ver como algo muy distinto a un establo en el que medir cada uno de sus pasos.

Varios golpes con eco de ternura sobre la madera de la puerta de su habitación la sacaron del pozo de tristeza en el que la estaban sumergiendo sus pensamientos.

—Hija mía, soy tu padre.

—¡Mi padre no dejaría que un hombre me llevara de aquí contra mi voluntad! —gritó Nerea, inflamando sus palabras con el combustible de la rabia.

Megacles entró al habitáculo sin esperar un permiso que sabía que no se le iba a conceder. Hizo un ademán de decir algo, pero se mantuvo en silencio, paralizado al ver la elegancia que desprendía su hija.

—Ciertamente, ya me es imposible seguir viéndote como una niña para poder retenerte aquí —afirmó Megacles convertido en una nube de adoración—. Por mucho que ni tú ni yo queramos verlo.

Nerea se giró. Llevaba una túnica de seda blanca que ajustaba a su cintura con una cinta de oro y cubría sus hombros con un manto azul con adornos dorados propios de las familias más pudientes de Atenas. Leandro no había escatimado en gastos. Estaba preciosa incluso con aquel velo que ocultaba su hermoso rostro y que actuaba como un muro que Megacles deseaba derribar, pues le impedía ver cómo se sentía su hija en aquel momento. Aunque, si se dejaba llevar por la cobardía, agradecía no tener que enfrentarse a los gestos de tristeza y fastidio de la persona que más quería en este mundo.

—Pues si tan cierto es que tanto he crecido ya — dijo Nerea detrás de aquella tela que tapaba sus expresiones de rabia, convirtiendo aquella conversación en algo impersonal y fantasmagórico—, también es cierto que tengo la madurez que otorga la edad para decidir y hacerlo bien.

Megacles resopló, habían tenido esa conversación esos últimos días, ¿cuántas veces? Cientos.

—Crees que es lo mejor para mí y que por eso te obligo a este enlace, lo sé, Nerea, pero...

—¡Lo creo y lo es! —interrumpió Nerea.

—Cierto. Y lo es. No te culpo por tener ese pensamiento. Pero lo es sobre todo para ti, Nerea. Todas las mujeres, sin excepción alguna, temen este momento. Pero también todas ellas acaban agradeciendo la seguridad de un marido, más aún si es uno como Leandro. Es cuestión de tiempo que te acostumbres, hija. Te lo prometo. Pero, por favor, pon de tu parte para que ese tiempo no se extienda demasiado, pues cada segundo que siento tu odio hacia mí es un cuchillo ardiendo clavado en mi corazón.

Sin mediar palabra, Nerea se lanzó hacia su padre y lo apretó fuertemente entre sus brazos. Ella se dejó rodear por las grandes extremidades de su progenitor, que se infló de emoción al sentir que su hija le comprendía.

—Lo siento, Nerea... Pero no dejaré que te pase nada malo, te lo aseguro. Antes subo y le robo el rayo a Zeus para partir en dos a ese Leandro si no te trata como mereces.

Padre e hija compartieron una triste sonrisa. Aunque la de ella, bajo el velo, no pudo verla. Finalmente, salieron de la habitación cogidos de la mano.

Las puertas de la casa de Megacles se abrieron para dar paso a Leandro y a su guardia personal, ocho imponentes mercenarios de torso descubierto que recibieron las miradas de admiración por parte de los hombres y de lascivia por parte de las mujeres, pues eran exhibidos por su amo como un trofeo.

—¡Gracias a la familia de Megacles y a todos los dioses por un día tan esperado como deseado! —gritó Leandro al entrar en el hogar, alzando sus brazos al cielo. —Se había cortado gran parte de su rubio cabello rizado como mandaba la tradición y había adornado su cabeza con una discreta corona de plata—. ¿Dónde está mi prometida? ¡Ardo en deseos de verla!

—Pues no demoremos más ese momento —dijo Megacles, que había salido a recibirlo—. Bienvenido seas a mi hogar, Leandro, hoy que cuando salgas de él será junto a mi hija, lo máspreciado que tengo entre estas paredes, junto a mi esposa.

La susodicha inclinó la cabeza agradeciendo el cumplido y acto seguido todos se dirigieron al patio, donde todo estaba dispuesto para comenzar la ceremonia y disfrutar del banquete. Leandro se tumbó en un lecho entre Megacles y su niña, y solo en ese momento el padre sintió la certeza y el dolor de que estaba siendo separado de su hija, de su querida hija.

La celebración comenzó con el propoma, pasándose de unos a otros la copa de vino aromatizado previo a la comida.

—Delicioso —dijo Leandro tras beber un trago y limpiarse los labios con migas de pan—, ¡ni yo mismo podría haber elegido mejor vino!

Megacles sonrió, conteniendo una réplica. El aristócrata había seleccionado y pagado cada uno de los alimentos del simposio, pero jactarse de ello le parecía una falta de respeto que no pensaba tolerar durante todo el evento. Una cosa era alegrarse de las buenas elecciones que había tomado, otra muy distinta quitarle su autoridad como padre y señor de la casa incluso antes de ser el esposo de su hija.

Luego se procedió a invocar a Dioniso y entonces los platos comenzaron a llegar, primero aquellos compuestos por legumbres y después las carnes y pescados guisados. Finalmente, los sirvientes llevaron los postres, la mayoría de ellos regados con miel.

—No puedo más, sinceramente no puedo comer más —afirmó Leandro cogiendo un grano de uva para volverlo a dejar en su lugar—. Nerea, no has comido nada, y vas a necesitar fuerzas para... luego.

Detrás de su velo no se pudo intuir el odio que había desembocado aquellas palabras, pero Megacles decidió que ya se había agotado su paciencia, que ya estaba bien de admirar todas y cada una de las heroicidades que Leandro había inflado sobre sí mismo a lo largo del banquete.

—Una fanfarronada más y te expulso de mi casa, Leandro.

El aristócrata dejó de sonreír. Por suerte el murmullo generalizado había hecho que aquella reprimenda pasara desapercibida para el resto de invitados. El joven se acarició su afeitada barbilla y procedió a disculparse.

—Perdón, Megacles. Solo trataba de crear un ambiente distendido. Si me he sobrepasado, lo siento. —Megacles inclinó la cabeza aceptando su rectificación y se sintió algo arrepentido, al fin y al cabo el chico no hacía otra cosa que dejarse llevar por la fantasía de la juventud, más aún en un día tan alegre como lo era ese para él—. Jamás haría nada que molestase a Nerea, os lo prometo. De eso podéis estar seguros. La amo, y en concordancia a ese sentimiento será tratada.

El padre de Nerea se calmó. A pesar de la prepotencia que a menudo mostraba Leandro, sus intenciones eran buenas y eso era muy, pero que muy valorable.

—Me alegro de ello —afirmó Megacles—. Y ahora, para no alargar más este trance, creo que deberíamos continuar. —El hombre se levantó, dio dos palmadas y todos se alzaron y acercaron a él—. Bien, esperando que hayáis disfrutado de este banquete, ha llegado el momento de que entregue a mi hija a este buen hombre. No sin pesar accedo a ello y tampoco pequeño será el hueco que deja mi querida Nerea en este hogar para convertirse en la esposa de Leandro, pero a pesar de ello les deseo la mayor de las felicidades en su futura vida conjunta.

El aristócrata se acercó a su prometida mientras los invitados aplaudían. Llegaba el momento de retirarle el velo, de simbolizar que acababan con todo aquello que les separaba para unirse finalmente, cara a cara. Leandro se puso frente a Nerea y agarró con dedos temblorosos la tela que cubría el rostro de la muchacha. Empezó a levantar la prenda y, cuando la subió del todo, ahogó un grito y se llevó sus manos a la boca.

—¡¡Por Zeus!! Pero ¿qué es esto?

En cada una de sus mejillas, Nerea tenía tres cortes profundos desagradables a la vista, en los cuales aún se apreciaba sangre reseca.

—¡Por Bastet! —gritó Nerea sorprendiendo a todos los presentes, gesticulando exageradamente con los ojos desorbitados y la rabia convirtiéndose en los cimientos de su rostro—. ¡Por la furia de Bastet! —vociferó aludiendo a la diosa de Egipto relacionada con los gatos—. ¡Te pedí un gato egipcio y me lo negaste! ¡Y estas son las consecuencias! ¡Esta es la maldición de la diosa!

Los invitados comenzaron a murmurar, a alzar la voz a menudo que la sorpresa se convertía en temor ante la actitud descontrolada de Nerea.

—Tu hija... —balbuceó Leandro retrocediendo—. Tu hija... ¡está loca! ¡Enajenada!

Leandro alzó un dedo, gesto ante el cual los mercenarios se acercaron a él, rodeándolo para protegerlo. El aristócrata abandonó el hogar a paso acelerado gritando palabras que parecían decir que tal humillación no quedaría impune y que tal desobediencia recibiría su merecido castigo. Nadie, absolutamente nadie, se mofaba de él.

Megacles miró a su hija entre asustado y decepcionado por la idiotez que acababa de hacer: se

había autoproclamado maldita por parte de una diosa que, para colmo, no pertenecía al Olimpo griego.

En cambio, en la mirada de Nerea había algo nuevo, algo casi felino.

En algo, Megacles sí tenía razón: había dejado de ser su niña.

SI TE ESTÁ GUSTANDO LA HISTORIA Y CREES QUE EL ESFUERZO DEL AUTOR MERECE SER RECOMPENSADO, PUEDES HACERTE CON ELLA HACIENDO CLIC AQUÍ Y CONTINUAR LEYÉNDOLA, ¡LO CUAL TE AGRADECERÍA INFINITAMENTE!